**Poema de Mio Cid**

1. **Cantar del destierro**

***Martín Antolínez viene de Burgos a proveer de víveres al Cid***

El buen Martín Antolínez, el burgalés más cumplido,

a mío Cid y a los suyos les provee de pan y vino:

no lo compró, porque era de cuanto llevó consigo;

así de todo condumio bien los hubo abastecido.

Agradeciólo mío Cid, el Campeador cumplido,

y todos los otros que van del Cid a su servicio.

Habló Martín Antolínez, oiréis lo que hubo dicho:

«¡Oh mío Cid Campeador, en buena hora nacido!

Esta noche reposemos para emprender el camino,

porque acusado seré de lo que a vos he servido,

y en la cólera del rey Alfonso estaré incluido.

Si con vos logro escapar de esta tierra sano y vivo,

el rey, más pronto o más tarde, me ha de querer por amigo;

si no, cuanto dejé aquí no me ha de importar ni un higo.»

***El Cid, empobrecido, acude a la astucia de Martín Antolínez. – Las arcas de arena***

Habló entonces mío Cid, el que en buena ciñó espada:

«¡Martín Antolínez, vos que tenéis ardida lanza ,

si yo vivo, he de doblaros, mientras pueda, la soldada!

Gastado ya tengo ahora todo mi oro y mi plata;

bien lo veis, buen caballero, que ya no me queda nada;

necesidad de ello tengo para quienes me acompañan;

a la fuerza he de buscarlo si a buenas no logro nada.

Con vuestro consejo, pues, quiero construir dos arcas;

las llenaremos de arena para que sean pesadas,

de guadalmecí cubiertas y muy bien claveteadas.»

«Los guadalmecíes rojos y los clavos bien dorados.

Buscad a Raquel y Vidas, decidIes que me han privado

el poder comprar en Burgos, y que el rey me ha desterrado,

y que llevarme mis bienes no puedo, pues son pesados;

y empeñárselos quisiera por lo que fuese acordado;

que se los lleven de noche y no los vean cristianos .

Que me juzgue el Creador, junto con todos sus santos,

que otra cosa hacer no puedo, y esto por fuerza lo hago.»

En cumplirlo así, Martín Antolínez no se tarda;

atravesó toda Burgos y en la judería entraba,

y por Raquel y por Vidas con gran prisa preguntaba.

Raquel y Vidas, juntos estaban entrambos,

ocupados en contar cuanto llevaban ganado.

Llegó Martín Antolínez y así les dijo, taimado:

«¿Cómo estáis, Raquel y Vidas, mis buenos amigos caros?

En secreto ahora quisiera a los dos juntos hablaros.»

No le hicieron esperar, los tres juntos se apartaron.

«Raquel y Vidas, amigos buenos, dadme vuestras manos,

no me descubráis jamás, ni a nadie habéis de contarlo.

Para siempre os haré ricos, y nada habrá de faltaros.

El Campeador, mío Cid, por las parias fue enviado

y trajo tantas riquezas para sí, que le han sobrado,

y sólo quiso quedarse con lo que valía algo;

por esto es por lo que ahora algunos le han acusado.

Tiene dos arcas repletas del oro más esmerado.

Ya sabéis que el rey Alfonso del reino le ha desterrado.

Deja aquí sus heredades, sus casas y sus palacios.

Las arcas llevar no puede, pues sería denunciado,

y quiere el Campeador dejarlas en vuestras manos

para que le deis por ellas algún dinero prestado.

Tomad las arcas, y luego llevadlas a buen recaudo;

mas antes de ello, sabed que habéis de jurar entrambos

que no las habéis de abrir durante todo este año.»

Entre sí, Raquel y Vidas de esta manera se hablaron:

«Necesidades tenemos en todo de ganar algo.

Bien sabemos que mío Cid por las parias fue enviado

y que de tierra de moros grande riqueza se trajo,

y no duerme sin sospecha quien caudal tiene acuñado.

Estas arcas de mío Cid las tomaremos para ambos,

y el tesoro meteremos donde nadie pueda hallarlo.

Pero, decidnos: ¿el Cid – con qué se verá pagado

o qué interés nos dará durante todo este año?»

(continúa el episodio, hasta que se completa el engaño de los judíos, que quedan así burlados y castigados por su avaricia)

***Jimena lamenta el desamparo en que queda la niñez de sus hijas. – El Cid espera llegar a casarlas honradamente***

«¡Merced os pedimos, Cid, el de la barba crecida!

Heme ahora ante vos, y conmigo vuestras hijas,

de tan poca edad las dos y tan niñas todavía,

y con nosotras las damas por las que somos servidas.

Ya veo, Campeador, que vais a emprender la ida

y habremos de separarnos los dos aun estando en vida.

¡Dadnos ya vuestro consejo, oh Cid, por Santa María!»

Las dos manos alargó el de la barba bellida

y cogió con sus dos brazos con amor a sus dos hijas:

las acercó al corazón, porque mucho las quería.

Con lágrimas en los ojos muy fuertemente suspira:

«¡Oh doña Jimena, esposa tan honrada y tan cumplida,

a vos os quise, mujer, igual como al alma mía!

Ya veis que preciso es el separarnos en vida;

yo he de partir, mientras vos os quedaréis en Castilla.

¡Plegue a Dios, y así también le plegue a Santa María,

que yo case por mis manos, algún día, a nuestras hijas,

y que para tal ventura gozar se alarguen mis días,

y vos, mi mujer honrada, por mí habéis de ser servida!»

***Última noche que el Cid duerme en Castilla. – Un ángel consuela al desterrado***

A dormir se echó mío Cid cuando la noche llegó;

sueño tan dulce le vino que en seguida se durmió.

El Arcángel San Gabriel se le apareció en visión y le dijo:

«Cabalgad, oh buen Cid Campeador,

que nunca con tanta suerte cabalgó ningún varón;

mientras vivas en la tierra os protegerá el Señor.»

Cuando se despertó el Cid, la cara se santiguó.

Se persignaba la cara y a Dios se fue a encomendar;

y muy contento se encuentra del sueño que fue a soñar.

Otro día, de mañana, empiezan a cabalgar;

es día postrer del plazo, sabed que no quedan más.

Hacia la sierra de Miedes se marchan a descansar,

al lado diestro de Atienza que es tierra de moros ya.

***Minaya en peligro. – El Cid hiere a Hariz***

Al buen Minaya Álvar Fáñez le mataron el caballo

y en su ayuda corren prestas las mesnadas de cristianos.

La lanza tiene quebrada y a la espada metió mano,

y aunque a pie lucha Minaya certeros golpes va dando.

Viólo mío, Cid Ruy Díaz de Vivar el Castellano

y acercóse a un alguacil, que tenía buen caballo

y diole un tajo de espada certero con diestro brazo

que le cortó por el talle y echólo en medio del campo.

Y al buen Minaya Álvar Fáñez le fue a ofrecer el caballo:

«Cabalgad, Minaya, en él, ya que sois mi diestro brazo.

Hoy de todo vuestro esfuerzo me encuentro necesitado;

muy firmes están los moros, aun no me dejan el campo,

y es menester que, al final, firmes les acometamos.»

Cabalgó entonces Minaya, ya con la espada en la mano,

por entre las fuerzas moras fuertemente peleando.

A los que logra alcanzar, la vida les va quitando.

Mío Cid Rodrigo Díaz, Campeador bienhadado,

al emir Hariz tres golpes con su mandoble le ha dado;

le fallan los dos primeros, sólo el tercero ha acertado

y por la loriga abajo la sangre va chorreando;

el emir volvió la rienda para escaparse del campo.

Y por aquel golpe, el Cid la victoria hubo alcanzado.

***Minaya llega ante el rey. – Éste perdona a Minaya, pero no al Cid***

¡Mío Cid Rodrigo Díaz de Dios alcance la gracia!

A Castilla ya se ha ido Álvar Fáñez de Minaya,

y aquellos treinta caballos al rey se los presentaba,

y al contemplar el presente, así sonrió el monarca:

«¿Quién te ha dado estos caballos, así os valga Dios, Minaya?»

«Mío Cid Rodrigo Díaz, que en buen hora ciñó espada;

aquel a quien desterrasteis y ganó Alcocer por maña,

por lo que el rey de Valencia un mensaje le enviara:

ordenó ponerle cerco y le cortasen el agua.

El Cid salió del castillo, sobre el campo guerreaba,

y a dos generales moros venció en aquella batalla,

y abundante fue, señor, de la lucha la ganancia.

A vos, oh rey respetado, este presente hoy os manda;

dice que los pies os besa y os besa las manos ambas,

pidiendo vuestra merced, y que el Creador os valga.»

Díjole entonces el rey: «Aún es muy pronto mañana

para que a un desterrado, que del rey perdió la gracia,

vuelva a acogerlo en perdón al cabo de tres semanas .

Pero, ya que fue de moros, tomo lo que me regala,

y me place a mí que el Cid adquiera tantas ganancias.

Y sobre todo lo dicho, os perdono a vos, Minaya,

vuestros honores y tierras mando se os sean tornadas;

id y venid desde ahora, podéis contar con mi gracia;

mas del Cid Campeador aún no puedo decir nada.»

1. **Cantar de las bodas**

***Don Jerónimo llega a Valencia***

Cuando con estas noticias todos se van alegrando,

de las tierras del oriente un buen clérigo ha llegado:

el obispo don Jerónimo era por nombre llamado.

Muy entendido era en letras y en consejos muy sensato,

y cabalgando o a pie era guerrero esforzado.

Por las proezas del Cid él venía preguntando,

suspirando ya por verse con los moros en el campo,

diciendo que si se hartaran de luchar y herir sus manos,

en los días de aquel siglo no le llorasen cristianos .

Cuando lo oyó mío Cid, muy satisfecho, así ha hablado:

«Oíd, Minaya Álvar Fáñez, por Aquel que está en lo alto,

ya que ayudarnos Dios quiere, bien es que lo agradezcamos:

en las tierras de Valencia fundar quiero un obispado,

para darlo a don Jerónimo, que es caballero cristiano;

vos, cuando estéis en Castilla, también esto hais de contarlo.»

***Don Jerónimo hecho obispo***

Mucho le plugo a Álvar Fáñez l o que dijo don Rodrigo.

Al clérigo don Jerónimo le dan el cargo de obispo

de la sede de Valencia, donde puede hacerse rico.

¡Oh Dios, entre los cristianos cuánto era el regocijo,

porque en tierras de Valencia ya había señor obispo!

Alegré estaba Minaya; se despidió, y ha partido.

**\* \* \***

***Don jerónimo se adelanta a Valencia para preparar una procesión. – El Cid cabalga al encuentro de Jimena. – Entran todos en la ciudad***

He aquí que todos salen a recibir a Minaya,

a las dueñas y a las niñas y a los que las acompañan.

Mandó mío Cid a todos los que tenía en su casa

que el Alcázar guarden bien como las torres más altas,

igual que todas las puertas, como sus salidas y entradas;

mandó traer a Babieca, que ha poco lo ganara

del rey moro de Sevilla en aquella gran batalla,

y aún no sabía mío Cid, que en buena hora ciñó espada,

si sería corredor o dócil a las paradas.

A las puertas de Valencia, allí donde a salvo estaba,

ante su mujer e hijas quería jugar las armas .

Recibidas con gran honra de todos fueron las damas;

el obispo don jerónimo delante de todos marcha;

apeóse del caballo y en la capilla se entraba,

y con cuantos allí encuentra, que preparados estaban,

con sobrepelliz vestidos, llevando cruces de plata,

salen así a recibir a las damas y a Minaya.

El que en buen hora nació tampoco se retrasaba:

sobregomela vestía de seda y larga la barba;

ya le ensillan a Babieca, que enjaezan con gualdrapas;

montó mío Cid en él, y armas de fuste tomaba .

Sobre el nombrado Babieca el Campeador cabalga,

emprendiendo una corrida que a todos parece extraña;

cuando la hubo terminado, todos se maravillaban.

Desde aquel día, Babieca se hizo famoso en España.

Cuando acabó la corrida, el Campeador descabalga,

y se va hacia su mujer y sus dos hijas amadas;

al verlo doña Jimena, a los pies se le arrojaba:

« ¡Merced, Rodrigo, que en buena hora ceñisteis la espada!

Sacado me habéis, al fin, de muchas vergüenzas malas;

aquí me tenéis, señor, a mí y a estas hijas ambas,

para Dios y para vos son buenas y bien criadas.»

A la madre y a las hijas el Cid con amor abraza,

y del gozo que sentía sus ojos sólo lloraban,

todas las gentes del Cid con júbilo los miraban.

Las armas iban jugando, los tablados derribaban .

Oíd lo que dijo el Cid, que en buen hora ciñó espada:

«Vos, doña Jimena mía, mujer querida y honrada,

y mis dos hijas, que son mi corazón y mi alma,

entrad conmigo en Valencia, que ella ha de ser vuestra casa;

es la heredad que yo quise para vosotras ganarla.»

La madre, con las dos hijas, las manos del Cid besaban.

Y en medio de grande pompa todos en Valencia entraban.

***Las dueñas contemplan a Valencia desde el Alcázar***

Con su mujer y sus hijas el Cid al Alcázar va;

cuando llegaron, las sube sobre el más alto lugar.

Ellas con ávidos ojos no se cansan de mirar:

ven a Valencia extenderse, a una parte la ciudad,

y por la otra extenderse ante sus ojos el mar;

miran la huerta, tan grande, tan frondosa y tan feraz,

y todas las otras cosas, que dan gusto de mirar;

alzan al cielo las manos porque a Dios quieren rogar

y agradecer la ganancia tan buena que Dios les da.

Mío Cid y sus compañas sienten su felicidad.

El invierno ya se ha ido, que ya el Marzo quiere entrar.

Daros os quiero noticias de la otra parte del mar,

de aquel rey moro Yusuf que allá en Marruecos está.

***El rey de Marruecos viene a cercar a Valencia***

Pesóle al rey de Marruecos el triunfo del Cid Rodrigo:

«En mis tierras y heredades audazmente se ha metido,

y él no quiere agradecerlo sino a su Dios Jesucristo.»

El rey moro de Marruecos juntar a sus huestes hizo;

y cincuenta mil soldados de armas hubo reunido.

Entráronse por el mar, en las barcas van metidos,

van a buscar en Valencia a mío Cid don Rodrigo.

Tan pronto llegan las naves, sobre la tierra han salido.

\* \* \*

***El Cid concede al obispo las primeras heridas***

Cuando el día ya es salido y la noche ya es entrada,

no tardan en prepararse aquellas gentes cristianas.

Cuando cantaban los gallos antes de la madrugada,

el obispo don Jerónimo la santa Misa les canta,

y una vez la Misa dicha, esta alocución les daba:

«A quien en la lucha muera peleando cara a cara,

le perdono los pecados y Dios le acogerá el alma.

Y a vos, mío Cid don Rodrigo, que en buena ceñiste espada

por la Misa que he cantado para vos esta mañana,

os pido me concedáis, en cambio suyo, esta gracia:

que las primeras heridas sean hechas por mi espada.»

Díjole el Campeador: «Desde aquí os son otorgadas.»

**\* \* \***

***El rey sale a recibir a los del Cid. – Envidia de Garci Ordóñez***

Minaya y Pero Bermúdez ante todos han llegado.

Y echando sus pies a tierra descendieron del caballo;

delante del rey Alfonso, con los hinojos hincados,

besaron tierra, y los pies de su rey también besaron;

«Merced, merced, rey Alfonso, señor nuestro tan honrado,

en nombre de mío Cid vuestras plantas os besamos;

a vos llama por señor, y él se tiene por vasallo,

mucho él aprecia la honra que vos le habéis otorgado.

Pocos días ha, señor, que una batalla ha ganado

contra aquel rey de Marruecos, que Yusuf era nombrado,

y a sus cincuenta mil hombres ha vencido sobre el campo.

Las ganancias que sacó a todos nos han sobrado,

y ya se tienen por ricos allí todos sus vasallos;

y estos caballos os manda el Cid, y os besa las manos.»

Respondió el rey don Alfonso: «Yo los recibo de grado.

Agradezco a mío Cid los dones que me ha enviado

¡ojalá que llegue el tiempo en que yo pueda pagarlo! »

Esto satisfizo a muchos y besáronle las manos.

Al conde Garci Ordóñez esto mucho le ha pesado,

y con diez de sus parientes apartáronse hacia un lado:

«Maravilla es del Cid que su honra crezca tanto.

Con esa honra, nosotros más humillados quedarnos;

con tanta facilidad vence reyes en el campo,

como si estuviesen muertos les despoja de caballos,

y esto, sin duda, a nosotros puede hacernos mucho daño.»

***El rey muéstrase benévolo hacia el Cid***

Así habló el rey Alfonso, oíd lo que fue a decir:

«Alabemos al Señor y a San Isidoro aquí,

por el don de estos caballos que me envía mío Cid.

En lo sucesivo, pues, mejor me podrá servir.

A vos, Minaya Álvar Fánez, y a vos, Bermúdez, aquí

he de ordenar yo que os sirvan ricamente de vestir

y se os entreguen las armas que quisierais elegir,

para que bien parezcáis ante Ruy Díaz el Cid;

os entrego tres caballos que podéis coger de aquí.

Todo esto, al parecer, me hace a mí presumir

que todos estos sucesos habrán de tener buen fin.»

***Los infantes de Carrión piensan casar con las hijas del Cid***

Besándole allí las manos, se fueron a descansar;

mandó el rey darles de cuanto pudiesen necesitar.

Ahora, de los infantes de Carrión quiero contar,

que, aconsejándose aparte, hablando en secreto están:

«Los negocios de mío Cid muy para delante van;

pidámosle, pues, sus hijas para con ellas casar;

que ello nos puede dar honra y darnos prosperidad.»

Y al rey Alfonso, en secreto, así le empiezan a hablar:

***Los infantes logran que el rey les trate el casamiento. – El rey pide vistas con el Cid. – Minaya vuelve a Valencia y entera al Cid de todo.***

«Esta merced os pedimos a vos, cual rey y señor:

queremos pues, que, con vuestro consejo y aprobación,

vos solicitéis las hijas a mío Cid Campeador

para casarnos con ellas, por su honra y nuestro pro.»

El rey, un rato en silencio pensándolo se quedó:

«Yo eché un día de mis tierras al buen Cid Campeador

y mientras le hacía mal, él luchaba por mi honor;

el casamiento no sé si será de su sabor;

mas, puesto que lo queréis, tratemos esta cuestión.»

(…)

Cuando supo que venían el buen Cid Campeador,

de prisa montó a caballo y a recibirlos salió;

sonrióse el Cid al verlos y luego los abrazó:

«¿Venís, Minaya Álvar Fáñez y Pero Bermúdez, vos?

En pocas tierras se encuentran hombres cual vosotros dos.

¿Qué noticias os ha dado don Alfonso mi señor?

Decidme si está contento de mí, si aceptó mi don.»

Dijo Minaya Álvar Fáñez: «Con alma y de corazón

lo aceptó, y en prueba de ello quiere daros su favor.»

Dijo mío Cid entonces. «¡Loado sea el Señor! »

Esto diciendo, comienzan a referir su misión,

la súplica que le hace don Alfonso, el de León,

de que sus hijas entregue a los condes de Carrión,

que ello habrá de darle honra y habrá de crecerle honor,

que lo aconsejaba el rey, con alma y de corazón.

Cuando lo oyó mío Cid, aquel buen Campeador,

un gran rato silencioso y pensativo quedó:

«Esto lo agradezco mucho a Cristo, Nuestro Señor.

Echado fui de mi tierra, me quitaron el honor,

y con gran afán gané todo cuanto tengo hoy.

A Dios he de agradecer que el rey me vuelva a su amor,

y ahora me pida mis hijas para infantes de Carrión.

Decidrne, Minaya y Pero Bermúdez, vosotros dos,

de estas bodas en proyecto decidme vuestra opinión».

«Lo que a vos pluguiese, eso nos parecerá a los dos.»

Dijo el Cid: «De alta prosapia son los condes de Carrión,

en la corte tienen sitio y muy orgullosos son;

el casamiento propuesto no lo fuera a mi sabor,

pero si así lo aconseja el que vale más que nos,

podemos tratar aquí en secreto la cuestión.

Y que Dios, desde los cielos, nos inspire lo mejor.»

(…)

***\* \* \****

***El Cid no quiere entregar las hijas por sí mismo. – Minaya será representante del rey***

«Y ahora os pido merced a vos, mi rey natural:

pues que casáis a mis hijas según vuestra voluntad,

nombrad un representante a quien las pueda entregar;

no las daré por mi mano, de ello no se alabarán.»

Respondió el rey: «Pues designo a Álvar Fáñez, que aquí está;

tomadlas por vuestra mano y a ellos las debéis dar,

así como yo las tomo, cual si fuera de verdad;

y en las velaciones, vos las habéis de apadrinar;

cuando volvamos a vernos me habréis de decir verdad.»

Dijo Álvar Fáñez: «Señor, como lo mandáis, se hará.»

***El Cid anuncia a Jimena el casamiento***

Todos, en aquella noche, se fueron a sus posadas;

mío Cid Campeador en el Alcázar se entraba;

doña Jimena y sus hijas a recibirle llegaban:

«¿Venís vos, Campeador, que en buena ceñiste espada?

Por muchos días os vean los ojos de nuestras caras.»

« ¡Gracias al Creador, vengo a veros, mujer honrada;

y conmigo os traigo yernos, que habrán de darnos prosapia;

agradecédmelo, hijas, porque estaréis bien casadas.»

***Doña Jimena y las hijas se muestran satisfechas***

Besáronle allí las manos la mujer y las dos hijas,

y todas las otras damas por quienes están servidas:

«Agradezco a Dios y a vos, Cid de la barba bellida,

porque todo lo que hacéis, lo hacéis de muy buena guisa.

No tendrán mengua de nada en los días de su vida.»

«Cuando vos nos caséis, padre, llegaremos a ser ricas.»

***El Cid recela de casamiento***

«Mi mujer doña Jimena, roguemos al Creador.

A vos os digo, hijas mías, doña Elvira y doña Sol:

con estas bodas propuestas ganaremos en honor;

pero sabed en verdad que no las inicié yo:

os ha pedido y rogado don Alfonso, mi señor,

y lo hizo tan firmemente y de todo corazón,

que a ninguna cosa suya supe decirle que no.

Os puse, pues, en sus manos, hijas mías, a las dos;

creedme como os lo digo: él os casa, que no yo.»

***Las bodas acaban. – Regalos a los convidados. – El juglar se despide de sus oyentes***

Quince días bien cumplidos aquellas bodas duraron,

y pasados quince días, ya se marchan los hidalgos.

Mío Cid Rodrigo Díaz de Vivar, el bienhadado,

entre mulas, palafrenes y corredores caballos,

y otras bestias, hasta cien lo menos ha regalado;

y además, mantos, pellizas y vestidos muy sobrados;

y esto sin tener en cuenta los haberes monedados.

Los vasallos de mío Cid todos se juramentaron

y cada uno por sí obsequió a los castellanos.

El que algo quiere llevarse, cuanto quiere le entregaron;

ricos tornan a Castilla los que a las bodas llegaron.

Y a sus tierras ya se vuelven los que fueron invitados,

despidiéndose del Cid Campeador bienhadado,

así como de las damas y de todos los hidalgos;

agradecidos se marchan del Cid y de sus vasallos.

Al regreso hablan bien de ellos y de cómo los trataron.

También estaban alegres don Diego y don Fernando,

los infantes de Carrión, hijos del Conde Gonzalo.

Llegados son a Castilla los huéspedes invitados;

mío Cid y sus dos yernos en Valencia se han quedado.

Allí viven los infantes bien cerca de los dos años,

y en Valencia, todo el mundo les iba haciendo agasajo.

Alegre estaba mío Cid, como todos sus vasallos.

¡Quiera la Virgen María, así como el Padre Santo,

que salga bien de estas bodas quien las hubo concertado!

Las coplas de este cantar aquí se van acabando.

Que Dios Creador nos valga junto con todos sus santos.

1. **Cantar de la afrenta de Corpes**

***Suéltase el león del Cid. – Miedo de los infantes de Carrión. El Cid amansa al león. – Vergüenza de los infantes***

En Valencia estaba el Cid y con él los suyos son,

y con él sus ambos yernos, los infantes de Carrión.

Acostado en un escaño dormía el Campeador.

Sabed la mala sorpresa que a todos aconteció:

escapóse de su jaula, desatándose, un león.

Al saberlo, por la corte un grande miedo cundió.

Embrazan sus mantos las gentes del Campeador

y rodean el escaño donde duerme su señor.

Pero Fernando González, un infante de Carrión,

no encontró donde esconderse, ni sala ni torre halló;

metióse bajo el escaño, tanto era su pavor.

El otro, Diego González, por la puerta se salió

gritando con grandes voces: «No volveré a ver Carrión.»

Tras la viga de un lagar metióse con gran pavor,

de donde manto y brial todo sucio lo sacó.

En esto despertó el Cid, el que en buena hora nació,

viendo cercado su escaño de su servicio mejor:

«¿Qué es esto, decid, mesnadas? ¿Qué hacéis a mi alrededor?»

«Señor honrado, le dicen, gran susto nos dio el león.»

Mío Cid hincó su codo y presto se levantó,

el manto colgando al cuello, se dirigió hacia el león.

Cuando el león le hubo visto, intimidado quedó,

y frente al Cid la cabeza bajando, el hocico hincó.

Mío Cid Rodrigo Díaz por el cuello lo cogió,

y llevándolo adiestrado en la jaula lo metió.

Por maravilla lo tienen cuantos circunstantes son,

y se vuelven a palacio llenos de estupefacción.

Mío Cid por sus dos yernos preguntó y no los halló,

y a pesar de que los llama, ninguno le respondió.

Cuando, al fin, los encontraron, los hallaron sin color:

nunca vieron por la corte tanta burla y diversión,

hasta que impuso silencio a todos el Campeador.

Avergonzados estaban los infantes de Carrión,

y resentidos quedaron por aquello que ocurrió.

*\* \* \**

***Los infantes, ricos y honrados en la corte del Cid***

Grandes son los regocijos en Valencia la mayor

de todas las compañías de mío Cid Campeador

por esta grande victoria alcanzada con tesón;

grande es también la alegría de sus dos yernos, los dos:

ganaron cinco mil marcos de oro de gran valor;

por eso se creen ricos los infantes de Carrión.

Ellos y otros a la corte llegaron del Campeador

donde estaba don jerónimo, el obispo de valor,

y aquel bueno de Álvar Fáñez, caballero luchador,

y otros muchos caballeros que crió el Campeador .

Cuando entraron en la corte los infantes de Carrión,

fue a recibirlos Minaya en nombre de su señor:

«Venid acá, mis cuñados, y nos daréis más honor.»

Tan pronto como llegaron se alegró el Campeador:

«Aquí tenéis, yernos míos, mi mujer, dama de pro,

y aquí están también mis hijas, doña Elvira y doña Sol,

que desean abrazaros y amaros de corazón.

¡Gracias a Santa María madre de Nuestro Señor!

Que estos vuestros casamientos os sirven de gran honor,

y mandaré buenas nuevas a las tierras de Carrión.»

***Vanidad de los infantes. – Burlas de que ellos son objeto***

A estas palabras repuso el infante don Fernando:

«Gracias a Dios Creador y a vos, Campeador honrado,

tantos bienes poseemos que no podemos contarlos;

por vos ganamos en honra y por vos hemos luchado,

y vencimos a los moros y en la batalla matamos

al rey Búcar de Marruecos, que era un traidor probado.

Pensad en lo vuestro, Cid; lo nuestro está a buen recaudo.»

Los vasallos de mío Cid sonríen, esto escuchando:

ellos lucharon con furia al enemigo acosando,

mas no hallaron en la lucha a don Diego y don Fernando.

Por todas aquestas burlas que les iban levantando,

y por las risas continuas con que iban escarmentándolos,

los infantes de Carrión se van mal aconsejando.

Retíranse a hablar aparte, porque son dignos hermanos,

en aquello que cavilan parte alguna no tengamos.

«Vayámonos a Carrión, que tiempo asaz aquí estamos,

las ganancias que tenemos habrán, tal vez, de sobrarnos,

y no podremos gastarlas mientras tanto que vivamos..»

***Los infantes deciden afrentar a las hijas del Cid. – Piden al Cid sus mujeres para llevarlas a Carrión. – El Cid accede. – Ajuar que da a sus hijas. – Los infantes dispónense a marchar. – Las hijas despídense del padre***

Pidamos nuestras mujeres al buen Cid Campeador;

digamos que las llevamos a las tierras de Carrión,

para enseñarles las tierras que sus heredades son.

Saquémoslas de Valencia del poder del Campeador,

y después, en el camino, haremos nuestro sabor

antes de que nos retraigan el asunto del león.

Nosotros somos de sangre de los condes, de Carrión.

Las riquezas que llevamos alcanzan grande valor;

vamos, pues, a escarnecer las hijas del Campeador.»

«Con estos bienes seremos ricos por siempre los dos,

y nos podremos casar con hijas de emperador,

porque por naturaleza somos condes de Carrión.

Escarneceremos las hijas del Campeador

antes que ellos nos retraigan la aventura del león.»

Una vez esto acordado entre ambos, tornan los dos,

y haciendo callar a todos, así don Fernando habló:

« ¡Dios Nuestro Señor os valga, mío Cid Campeador!,

que plazca a doña Jimena y primero os plazca a vos,

y a Minaya de Álvar Fáñez y a cuantos en ésta son:

entregadnos vuestras hijas, que habemos en bendición,

porque queremos llevarlas a las tierras de Carrión

que, cual arras, ya les dimos, y ahora tomen posesión;

así verán vuestras hijas las tierras que nuestras son,

y que serán de los hijos que ellas nos den a los dos.»

No recelaba la afrenta mío Cid Campeador:

«Os daré, pues, a mis hijas, con alguna donación;

vosotros les disteis villas en las tierras de Carrión,

yo por ajuar quiero darles tres mil marcos de valor,

y mulas y palafrenes que muy corredores son,

y caballos de batalla para que montéis los dos,

y vestiduras de paño, y sedas de ciclatón ;

os daré mis dos espadas, la Colada y la Tizón,

las que más quiero, y sabed que las gané por varón;

por hijos os considero cuando a mis hijas os doy;

con ellas sé que os lleváis las telas del corazón.

Que lo sepan en Galicia, en Castilla y en León

que con riquezas envío a mis yernos ambos dos.

A mis dos hijas servid, que vuestras mujeres son:

y si así bien lo cumplís, os daré un buen galardón.»

Así prometen cumplirlo los infantes de Carrión,

y así reciben las hijas de mío Cid Campeador,

comienzan a recibir lo que el Cid Campeador les diera en don.

Cuando ya hubieron tomado todo aquello que les dio,

mandaron cargar los fardos los infantes de Carrión.

Grande animación había en Valencia la mayor;

todos tomaban las armas para despedir mejor

a las hijas de mío Cid que parten para Carrión.

Ya empiezan a cabalgar para decirles adiós.

Entonces, ambas hermanas, doña Elvira y doña Sol,

se van a hincar de rodillas ante el Cid Campeador:

«Merced os pedimos, padre, así os valga el Creador,

vos nos habéis engendrado, nuestra madre nos parió;

delante de ambos estamos, nuestros señora y señor.

Ahora nos enviáis a las tierras de Carrión,

y debemos acatar aquello que mandáis vos.

Por merced ahora os pedimos, nuestro buen padre y señor,

que mandéis vuestras noticias a las tierras de Carrión.»

Abrazólas mío Cid y besólas a las dos.

***Jimena despide a sus hijas. – El Cid cabalga para despedir a los viajeros. – Agüeros malos***

Los abrazos que dio el padre, la madre doble los daba:

« ¡Id, hijas mías, les dice, y que el Creador os valga!

que de mí y de vuestro padre el amor os acompaña.

Id a Carrión para entrar en posesión de las arras pues,

como yo pienso, os tengo, hijas, por muy bien casadas.»

A su padre y a su madre ellas las manos besaban,

y ambos dan a sus dos hijas su bendición y su gracia.

Ya mío Cid y los suyos comienzan la cabalgada,

con magníficos vestidos, con caballos, y con armas.

Los infantes de Carrión dejan Valencia la clara,

de las damas se despiden y de quien las acompañan.

Por la huerta de Valencia salen jugando las armas;

alegre va mío Cid con los que le acompañaban.

Pero los agüeros dicen al que bien ciñe la espada,

que estos dobles casamientos no habían de ser sin tacha.

Mas no puede arrepentirse, que las dos ya están casadas.

*\* \* \**

***Duermen en el Robledo de Corpes. – A la mañana quédanse solos los infantes con sus mujeres y se preparan a maltratarlas. – Ruegos inútiles de doña Sol. – Crueldad de los infantes***

En el Robledo de Corpes entraban los de Carrión:

las ramas tocan las nubes, los montes muy altos son

y muchas fieras feroces rondaban alrededor.

En aquel vergel se oía de la fuente el surtidor,

y allí ordenaron clavar las tiendas los de Carrión;

todos cuantos juntos van allí acamparon mejor.

Con sus mujeres en brazos les demostraron amor.

¡Pero qué mal lo cumplieron en cuanto apuntara el sol!

Mandan cargar las acémilas con su riqueza mayor,

como recoger la tienda que en la noche les cubrió,

y enviaron los criados delante, pues ellos dos

quieren quedarse detrás. Los infantes de Carrión

ordenan que nadie quede atrás, mujer ni varón,

sino sólo sus esposas doña Elvira y doña Sol:

porque solazarse quieren con ellas a su sabor.

Todos se han ido, tan sólo ellos cuatro solos son,

pues tanto mal meditaron los infantes de Carrión:

«Bien podéis creerlo, dicen, doña Elvira y doña Sol,

aquí seréis ultrajadas en estos montes las dos.

Hoy nos iremos nosotros y os dejaremos a vos;

y no tendréis parte alguna en las tierras de Carrión.

Estas noticias irán hasta el Cid Campeador,

y quedaremos vengados por aquello del león.»

Allí, a las dos van quitando el manto y el pellizón

hasta dejarlas a cuerpo, en camisa y ciclatón.

Espuelas tienen calzadas los traidores de Carrión,

y las cinchas en la mano, que duras y fuertes son.

Cuando esto vieron las damas, así exclamó doña Sol:

« ¡Don Diego y don Fernando, os lo rogamos por Dios;

sendas espadas tenéis, fuertes y cortantes son,

de nombre las dos espadas tienen Colada y Tizón;

con ellas nuestras cabezas cortad a nosotras dos.

Los moros y los cristianos censurarán esta acción;

que esto que ahora nos hacéis, no lo merecemos, no.

Estas ruines acciones no hagáis en nosotras dos;

si fuésemos azotadas os envileciera a vos;

y en las vistas y en la corte os exigirán razón.»

Mucho rogaban las damas, mas de nada les sirvió.

Entonces las comenzaron a azotar los de Carrión,

con las cinchas corredizas, golpeando a su sabor,

con las espuelas agudas donde les da más dolor,

rompiéndoles las camisas y las carnes a las dos:

limpia salía la sangre sobre el roto ciclatón.

Y ellas la sienten hervir dentro de su corazón,

¡Qué gran ventura sería, si pluguiese al Creador,

que asomarse ahora pudiera mío Cid Campeador!

Tanto así las azotaron que desfallecidas son,

con las camisas manchadas por la sangre que manó.

Cansados estaban ya de azotarlas ellos dos,

esforzándose por ver quién golpeaba mejor.

Ya no podían hablar doña Elvira y doña Sol,

y en el Robledo de Corpes quedan por muertas las dos.

***Los infantes abandonan a sus mujeres.***

Lleváronseles los mantos, también las pieles armiñas,

dejándolas desmayadas, en briales y en camisas,

a las aves de los montes y a las bestias más malignas.

Por muertas se las dejaron sabed, pero no por vivas .

¡Oh, qué gran ventura fuera si ahora asomase Ruy Díaz!

***Los infantes se alaban de su cobardía***

Los infantes de Carrión por muertas se las dejaron,

tal que la una a la otra no podían darse amparo.

Por los montes donde iban, íbanse ellos alabando:

«Ya de nuestros casamientos ahora quedamos vengados.

Ni aun por barraganas las hubimos de haber tomado,

cuando para esposas nuestras no eran de linaje dato.

La deshonra del león, con ésta habemos vengado.»

***Félez Muñoz sospecha de los infantes. – Vuelve atrás en busca de las hijas del Cid.***

Alabándose se iban los infantes de Carrión.

Mientras, yo quiero contaros de aquel buen Félez Muñoz

que era sobrino querido de mío Cid Campeador:

le mandaron ir delante, pero no fue a su sabor.

Mientras el camino hacían le dio un vuelco el corazón,

y de cuantos con él iban de todos se separó,

y en la espesura de un monte Félez Muñoz se metió

para de allí ver llegar sus primas ambas a dos,

o averiguar lo que hicieran con ellas los de Carrión.

Vio, al fin, cómo se acercaban y oyó su conversación;

ellos no le descubrieron ni de él tuvieron noción;

si a descubrirle llegaran no escapara vivo, no.

Pasaban ya los infantes, aguijando su espolón.

Por el rastro que dejaron se volvió Félez Muñoz,

hasta encontrar a sus primas, desfallecidas las dos.

Llamándolas: «¡Primas, primas!» En seguida se apeó,

ató el caballo en un tronco y hacia ellas se dirigió:

« ¡Ah, mis primas, primas mías, doña Elvira y doña Sol,

mala proeza os hicieron los infantes de Carrión!

¡Dios quiera que de esto tengan ellos su mal galardón! »

***El Cid envía a Muño Gustioz que pida al rey justicia.***

«¿Dónde estás, Muño Gustioz, mi buen vasallo de pro?

¡En buen hora te crié en mi corte con honor!

Lleva el mensaje a Castilla a su rey, que es mi señor,

por mí bésale la mano con alma y de corazón

(como que soy su vasallo y él mi natural señor),

del deshonor que me han hecho los infantes de Carrión,

que se duela el justo rey con alma y de corazón.

Él es quien casó a mis hijas, que no se las diera yo;

ahora las abandonaron cubiertas de deshonor,

y si la deshonra ésta ha de caer sobre nos,

la poca o la mucha culpa sepa que es de mi señor.

Mis bienes se me han llevado, que tan abundantes son,

eso me puede pesar con el otro deshonor.

Citémosles a las vistas o a cortes, y tenga, yo

derecho para exigir a los condes de Carrión,

que el rencor que tengo es grande dentro de mi corazón.»

***El rey convoca cortes en Toledo***

«Decidle al Campeador, mío Cid el bienhadado,

que de aquí a siete semanas se prepare con vasallos

para venir a Toledo; esto le doy yo de plazo.

Por afecto a mío Cid aquestas cortes yo hago.

Saludádmelos a todos, no tengáis ningún cuidado,

y de esto que os ha ocurrido pronto habréis de ser vengados.»

Muño Gustioz despidióse, y a mío Cid se ha tornado.

Así como el rey lo dijo, así quiso realizarlo:

no lo detiene por nada don Alfonso el Castellano,

y envía sus reales cartas hasta León y Santiago,

también a los portugueses y a todos los galicianos,

y a los de Carrión y a todos los varones castellanos,

que cortes hará en Toledo como tenía mandado,

y que, tras siete semanas, allí se fuesen juntando;

el que no fuese a la corte, no se tenga por vasallo.

Por las tierras de su reino así lo van pregonando,

y nadie habrá de faltar a lo que el rey ha mandado.

***Los de Carrión ruegan en vano al rey que desista de la corte.***

Muy pesarosos estaban los infantes de Carrión

porque el rey, allá en Toledo, reunir corte mandó;

tienen miedo que allí vaya mío Cid Campeador.

Toman consejo de todos los parientes cuantos son

y ruegan al rey que les perdone la obligación

de ir a las cortes. El rey dijo: «No he de hacerlo yo

y habéis de rendirle cuentas de una queja contra vos.

Quien no lo quisiera hacer y falte a la citación,

que se vaya de mi reino y que pierda mi favor.»

Ya vieron que era preciso acudir los de Carrión,

y se aconsejan de todos sus parientes que allí son.

El conde Garci Ordóñez en este asunto medió,

enemigo de mío Cid, a quien mal siempre buscó,

sus consejos iba dando a los condes de Carrión.

**\* \* \***

***El rey abre la sesión. – Proclama la paz entre los litigantes. – El Cid expone su de manda. – Reclama Colada y Tizón. – Los de Carrión entregan las espadas. – El Cid las da a Pero Bermúdez y Martín Antolínez. – Segunda demanda del Cid.***

Entonces, el rey Alfonso en su pie se levantó:

«Oíd, mesnadas, y os valga a todos el Creador.

Yo, desde que soy rey hice tan sólo dos cortes, dos:

la una fue en Burgos, la otra tuvo lugar en Carrión,

y esta tercera en Toledo vengo a celebrarla hoy

por afecto a mío Cid, el que en buen hora nació,

para que el derecho ejerza contra aquellos de Carrión.

Gran injusticia le hicieron, lo sabemos todos nos,

jueces sean de este pleito don Enrique y don Ramón,

y estos otros condes que de su partido no son.

Ya que sois conocedores, poned la vuestra atención

para encontrar el derecho de lo justo, mando yo.

De una y de otra parte quedemos en paces hoy.

Juro por San Isidoro que aquel que alborotador

fuese, dejará mi reino y le quitaré el favor.

Con el que tenga derecho habré de quedarme yo.

Ahora, empiece su demanda mío Cid Campeador:

sabremos lo que responden los infantes de Carrión.»

Mío Cid besó la mano al rey y se levantó.

«Mucho os agradezco, rey como a mi rey y señor,

todo cuanto en esta corte hicisteis por mi favor.

Esto pido desde ahora a los condes de Carrión:

porque dejaron mis hijas yo no tengo deshonor,

porque vos que las casasteis, rey, sabréis lo qué hacer hoy:

mas al sacar a mis hijas de Valencia la mayor,

yo de verdad les quería de alma y de corazón;

y en señal de mi cariño les di Colada y Tizón

(éstas las gané luchando al estilo de varón),

para que ganaran honra y que os sirvieran a vos;

cuando dejaron mis hijas abandonadas las dos,

nada quisieron conmigo y así perdieron mi amor;

denme, pues mis dos espadas, ya que mis yernos no son.»

Así asintieron los jueces: «Todo esto es de razón.»

Dijo el conde don García: «A esto respondemos nos.»

Entonces, salen aparte los infantes de Carrión

y con todos sus parientes y los que allí de ellos son,

para así tramar lo que darán por contestación:

«Aún gran favor nos hace mío Cid Campeador

cuando de aquella deshonra de sus hijas, ahora no

nos demanda; ya nosotros daremos al rey razón.

Démosle, pues, las espadas que mío Cid demandó,

y cuando las tenga, ya se podrá marchar mejor;

ya no tendrá más derecho de nos el Campeador.»

(…)

Luego de esto, levantóse mío Cid Campeador:

« ¡Gracias al Creador y a vos, que sois mi rey y señor.

Ya tengo mis dos espadas juntas, Colada y Tizón.

Mas otro rencor me queda con los condes de Carrión:

al sacar de allá, Valencia, mis hijas ambas a dos,

contados en oro y plata, tres mil marcos les di yo;

yo esto hacía, mientras ellos buscaban mi deshonor:

denme, pues, aquellos bienes, ya que mis yernos no son.»

¡Aquí vierais lamentarse los infantes de Carrión!

El conde don Ramón dice: «Decid a esto que sí o no.»

Entonces, así responden los infantes de Carrión:

«Ya le dimos las espadas a mío Cid Campeador,

para que ya no nos haga ninguna reclamación.»

Así hubo de responderles el juez, conde don Ramón:

«Si así le pluguiese al rey, así lo decimos nos:

a esto que demanda el Cid, ¿qué dais en satisfacción?»

Dijo el buen rey don Alfonso: «Así, pues, lo otorgo yo.»

Entonces se puso en pie mío Cid Campeador:

«Y todos aquestos bienes que entonces os diera yo,

decidme si me los dais o me dais de ellos razón.»

Entonces salen aparte los infantes de Carrión;

pero solución no encuentran, que los bienes muchos son

y ya los tienen gastados los infantes de Carrión.

Vuelven aún a consultarse, hablando así a su sabor:

«Mucho nos aprieta el Cid el que Valencia ganó,

ya que de nuestras riquezas le domina la ambición,

se lo habremos de pagar con las tierras de Carrión.»

(…)

***Acabada su demanda civil, el Cid propone el reto***

La cantidad en especie el Cid ha cobrado ya,

a sus hombres se la entrega que de ella se cuidarán.

Mas cuando esto hubo acabado, acuérdanse de algo más:

« ¡Merced, oh rey y señor, por amor de caridad!

El rencor mayor que tengo no se me puede olvidar.

Oídme toda la corte, y condoled nuestro mal:

los infantes de Carrión deshonra me hicieron tal,

que a menos que no los rete yo no los puedo dejar.»

***Inculpa de menosvaler a los infantes***

«Decid, ¿qué agravio tenéis de mí, condes de Carrión,

bien de broma o bien de veras en qué os pude agraviar yo?

Aquí habré de repararlo, ante la corte, si no

¿por qué a mí me desgarrasteis las telas del corazón?

Para salir de Valencia a mis hijas os di yo,

con gran honra y con riquezas, abundantes de valor;

si dejasteis de quererlas ya, perros de la traición,

¿ por qué quisisteis sacarlas de Valencia y de su honor?

¿Por qué teníais que herirlas con cinchas y con espolón?

Y en el Robledo de Corpes las dejasteis a las dos

a las aves de los montes y a las bestias de furor.

Por cuanto allí les hicisteis, infames seáis los dos.

Júzguelo así aquesta corte si no dais satisfacción.»

\* \* \*

***Muño Gustioz vence a Asur González. – El padre de los infantes declara vencida la lid. – Los del Cid vuelven cautelosamente a Valencia. – Alegría del Cid. – Segundos matrimonios de sus hijas. – El juglar acaba su poema***

Los dos han sido vencidos. Ahora os quiero contar yo

cómo Gustioz con Asur González cuál se arregló.

Hiriéronse en los escudos con grandes golpes los dos.

Era Asur González muy forzudo y de gran valor,

y a Muño Gustioz, con fuerza, en el escudo le hirió;

tras el escudo embrazado la guarnición falseó;

pasó en vacío la lanza, la carne no le rozó.

Al recibir este golpe, Muño Gustioz, otro dio;

y por medio de la bloca el escudo quebrantó,

no lo pudo resistir, falseó la guarnición,

y se la clavó en un lado, mas no en el del corazón;

metiéndole carne adentro la lanza con el pendón,

y por detrás de la espalda una braza la sacó,

y dando un tirón con ella en la silla lo movió,

y al ir a sacar la lanza, en la tierra lo derribó;

bermejo salía el astil como la lanza y pendón.

Todos estaban seguros que por muerto se quedó.

La lanza volvió a tomar y contra él arremetió;

mas dijo Gonzalo Ansúrez: «¡No lo hiráis ya más, por Dios!

¡Vencido está ya en el campo; este combate acabó!

Dijeron los jueces: «Esto lo hemos oído los dos.»

Mandó despejar el campo don Alfonso el de León,

las armas que allí quedaron para sí el rey las tomó.

Declarados vencedores, se van los del Campeador;

vencieron en esta lid gracias a Dios Creador.

Grandes eran los pesares por las tierras de Carrión.

El rey, a los de mío Cid de noche los envió

para que de algún asalto no tuvieran el temor.

A manera de prudentes van en carrera veloz

y helos en Valencia ya con el Cid Campeador.

Por maltrechos se dejaron a los condes de Carrión:

han cumplido ya el deber que les mandó su señor;

mucho se alegró al saberlo mío Cid Campeador.

Envilecidos quedaron los infantes de Carrión.

Quien a una dama escarnece y la abandona traidor,

esto suele acontecerle, o tal vez cosa peor.

Dejemos ya los asuntos de los condes de Carrión,

que con lo que han recibido ya bien castigados son;

hablemos nosotros de este que en buena hora nació.

Grandes son los alborozos en Valencia la mayor,

porque victoriosos fueron los del Cid Campeador.

Cogióse entonces la barba Ruy Díaz su señor:

« ¡Gracias al Rey de los cielos, mis hijas vengadas son!

¡Ahora sí que tendrán libres sus herencias de Carrión!

Pese a quien pese, ya puedo casarlas a gran honor.»

Ya comenzaron los tratos con Navarra y Aragón,

y celebraron su junta con Alfonso el de León.

Hicieron sus casamientos doña Elvira y doña Sol;

si los de antes buenos fueron, éstos aún lo son mejor;

con mayor honra las casa que otro tiempo las casó.

Ved cómo aumenta la honra del que en buena hora nació,

al ser señoras sus hijas de Navarra y de Aragón.

Ahora los reyes de España todos sus parientes son,

que a todos alcanza honra por el que en buena nació .

Dejó este siglo mío Cid, que fue en Valencia señor,

día de Pentecostés; ¡de Cristo alcance el perdón!

¡Así hagamos nosotros, el justo y el pecador!

Estas fueron las hazañas de mío Cid Campeador;

en llegando a este lugar se termina esta razón.

¡Quien escribió este libro          dele Dios paraíso, amén!

Per Abbat le escribió          en el mes de mayo,

En era de Mill e CC XLV años.